

Un atraco casi perfecto

La escena ilustra algo difusamente la relación entre el medio y los fines, y cómo estos pueden cambiar dependiendo del medio con el que se busquen (no es un artículo político, pero hagan los paralelismos que consideren)



Una carrera de los Sanfermines de 2018.
ANDER GILLENEA (AFP)



MANUEL JABOIS

28 JUN 2023 - 05:00 CEST



Una vez, hace muchos años, atracaron el banco en el que trabajaba mi

padre. Era una época mala en Pontevedra, supongo que años ochenta, y aquel era el tercer o cuarto [robo](#) en poco tiempo. Quizá debido a eso, hartos de los sustos que se llevaban y la impotencia que sentían, los empleados echaron a correr detrás del atracador en cuanto este salió a la calle. La oficina estaba en el centro de la ciudad, así que la persecución debió de ser muy cinematográfica; lo mismo el que escapaba era el mismísimo Mark Renton. Lo que nadie previó fue el desenlace. Uno de los empleados, de zancada poderosa, dejó pronto atrás a mi padre y al resto de sus compañeros, acercándose peligrosamente al ladrón. Tan intensa era su carrera, y tan enchufado estaba, que decidió, cuando lo tuvo a tiro, adelantarlos. Se permitió, llegada la hora de la verdad, darse ese lujo fantástico. Lo pasó como un avión. Dejó tan descompuesto al atracador que este, cuya primera intención fue seguirle el ritmo, bajó los brazos y se declaró derrotado. A la gente que había salido a las puertas de los bares y los comercios solo le faltó aplaudir. Más tarde, este empleado explicaría que al irle comiendo terreno al caco, y tenerlo tan cerca, tuvo el impulso irrefrenable no de capturarlo sino de algo aún mejor: ganarlo.

La escena ilustra algo difusamente la relación entre el medio y los fines, y cómo estos pueden cambiar dependiendo del medio con el que se busquen (no es un artículo político, pero hagan los paralelismos que consideren). También ilustra la fuerza del orgullo, que a veces nos hace olvidar el objetivo o cambiarlo por uno más estúpido pero placentero, que es dejar atrás a alguien que va delante: esas cosas siempre emocionan. Correr ayuda porque, como con ciertas pasiones, uno empieza y no sabe por qué empezó.

Cuando era joven fui a los [sanfermines](#) con tan mala suerte que la noche anterior salí —cosa sin lógica allí— y al final me quedé dormido en el portal de una de las calles por las que iban a pasar los toros. Me desperté de una forma que no me volveré a despertar en la vida, con seis animales a distancia corriendo como alma que los lleva el diablo persiguiendo a una marabunta que me iba a atropellar a mí. Me sumergí aún quitándome las legañas de los ojos, prácticamente entre bostezos, y me fueron adelantando algunos toros. Pero yo ya había cogido ritmo de crucero, y cerré los ojos y me puse a adelantarlos a ellos, teniendo de nuevo una docena de cuernos detrás. La vida es tejer y destejer, como Penélope, pero en aquellos segundos no pensaba en eso sino en algo mucho más difícil: no acelerar cuando la adrenalina te lo está pidiendo a gritos. Como esos velocistas favoritos que compiten para pasar a la final de 100 metros lisos pero

cuidándose de no hacer récord del mundo. Como esos, digo, pero con toros.

Una de las preguntas clásicas del ser humano es “¿qué hemos venido a hacer aquí?”. Por supuesto, no tiene respuesta. Naces, creces y, cuando llegas a la edad adulta, pierdes de vista cualquier objetivo por darte un pequeño placer que compensa cualquier cosa. ¿Valoraste las consecuencias? Evidentemente no, por eso da tanto gusto. Ya hay que querer mucho un reloj de oro para, en caso de que te lo roben y ya metido en la faena de la persecución, no darte el placer de adelantar al ladrón en lugar de recuperar el reloj.